

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 402

25 CTS.



**Los caba-
lleros de
la noche**

POR
William Boyd
y
Jaqueline Logan

FilmoTeca
de Catalunya

EB



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 402

Los caballeros de la noche

Emocionante novela

Interpretada por

JACQUELINE LOGAN y WILLIAM BOYD



EXCLUSIVA DE

Julio - César, S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
RAYMOND HACKETT



Los caballeros de la noche

Argumento de la película

Nueva York. Las ondas del río Hudson no evocan leyendas ni gestas heroicas, pero nos dicen con sencillez el poema moderno de la Urbe: el triunfo de la máquina y del rascacielos.

Pedro Smith, joven solitario lleno de simpatía e ingenuidad, era el vigilante del puente que cruzaba de parte a parte el río. Veinticuatro horas al día se le veía allí en absoluta soledad, como si fuese el único habitante de una isla desierta.

No conocía nada del mundo. Desde que quedó huérfano vivía como un anacoreta, cumpliendo su deber, no apartándose de día ni de noche de su puesto.

Aquella mañana, al recibir el aviso de dejar paso libre a un buque que se alejaba, Pedro accionó las palancas de levantamiento del puente y desde su observatorio gritó a un marinero que se lavaba las manos en un

cubo de agua enjabonada, en el centro de la cubierta del citado buque:

—Oye, Moran, dame un poco de tabaco.

El aludido le miró con cara de pocos amigos, a causa del mal humor que era su característica, y repuso:

—Lo que te daría de buena gana sería un puñetazo en las narices.

Pedro se echó a reír. Conocía a Moran y se complacía en oírle refunfuñar.

Para ver la cara que ponía le arrojó un par de piedras, con tan buena puntería, que ambas cayeron dentro del cubo lleno de agua, salpicando a Moran, quien puso el grito en el cielo.

Pedro se reía a carcajada limpia y exclamó, mientras Moran lo maldecía con los más pintorescos epítetos:

—¡Tú amenazas y yo doy! ¡Ventajas de estar en las alturas!

El buque se fué alejando y, gracias a esto, Moran no se arrojó al agua para contarle un cuento a Pedro, para que no se burlase más de él, sino de su abuela o de cualquier otro pariente.

Por la noche, cuando la red metálica del puente sirve de cobijo a sombras siniestras, Pedro recibió la visita de un buen amigo suyo, el sargento de policía Jaime Coulin, el único ser humano que alguna que otra noche se aventuraba hasta la caseta del guardián del puente.

En efecto, era muy peligroso rondar por el puente a ciertas horas; es más: el que iba a aquellos silenciosos lugares era una de estas dos cosas: policía o enemigo de la policía.

La llegada de Coulin produjo a Pedro viva alegría, por dos razones, importantísimas una y otra: porque, seguramente, el sargento podría darle un poco de tabaco, y, luego, porque le gustaba charlar con él un rato.

Apenas le vió, Pedro saludóle cordialmente:

—¡Hola, Coulin! ¿Cómo está el guarda del orden público?

El policía le estrechó afectuosamente la mano, satisfecho de volver a ver a su amigo.

Pedro añadió:

—¿No tendrá usted un poco de tabaco? ¡Estoy a dieta desde esta mañana!

El sargento sonrió. ¡Qué muchacho ese Pedro! Le conocía desde hacía muchos años y le quería casi como a un hijo, que bien podía serlo, pues el joven tenía, aproximadamente, veinticinco años y el policía cerca de cuarenta y cinco.

—Sí que tengo—contestóle—. Ya sabes que yo soy algo así como la sucursal de la Tabacalera.

Y, quitándose la gorra de uniforme, el sargento mostró en su fondo una buena cantidad de cigarros puros, procedentes de obsequios de amables preguntones.

Pedro abrió desmesuradamente los ojos ante aquel tesoro de aromáticas hojas prensadas.

—Escoge los que quieras—dijo el sargento.

—¿Los que quiera ha dicho usted?

—Sí, hombre...

—Pues...

—Seis o siete, sí, hombre... Cógelos de una vez...

Pedro se apoderó de la cantidad de cigarros indicada por el sargento y la casualidad hizo que, entre los seis o siete, cogiera el mejor puro que había en el fondo de la gorra. ¡Qué ganga! ¡Y con las ganas que tenía de fumar! Se fumaría en seguida el elegante cigarro en cuestión.

Pero el sargento, viendo el magnífico puro, se lo quitó casi de la boca, diciéndole:

—No quiero que te acostumbres mal... Este cigarro es demasiado bueno para ti... Lo guardaré en casa, para regalártelo cuando bautices a tu primer hijo.

—¡Mi primer hijo! ¡Qué gracioso! ¡Si no tengo novia siquiera!

—Bueno... Así te darás más prisa en buscarla.

—Me gusta fumar... pero no tanto.

Charlaron animadamente y, de pronto, Pedro dijo a Jaime:

—Se está usted portando muy mal con los

amigos. Hace casi una semana que no le veía por aquí.

—Es verdad. Cosas del servicio, muchacho... En cambio, esta noche te haré dos visitas. Vendré luego, después que haga la ronda.

—Venga usted, que hoy hay un buen programa de radio.

—De acuerdo...

—Hasta luego, y no vaya usted a caerse al agua andando por ahí...

—No hay cuidado... Ya sabes que el puente y yo nos conocemos un rato largo...

El sargento salió de la caseta de Pedro y fué a darse un paseo por el misterioso puente, buscando, sin duda, a alguien...

Pedro preparó la radio, tapóse las orejas con los auriculares y, saboreando uno de aquellos cigarros con que le había obsequiado el policía, se arrellanó en su cama, que se hallaba junto al aparato, y se puso a leer un periódico. Haciendo tres cosas a la vez, no perdía el tiempo. Indiscutiblemente, era un hombre práctico.

Un poco después, oyéronse varios disparos de arma de fuego. No se vió a quienes los hicieron, sino únicamente los fogonazos en las tinieblas del puente.

De pronto, se vió al sargento, que se agachaba para burlar a su contrincante, que le acechaba en la sombra.

Pedro, atento a la radio, y tapadas sus orejas con los auriculares, no oyó nada.

Un poco después, un disco amarillo se reflejó en las paredes de la caseta. Era la luz de una lámpara de bolsillo. Pedro no se dió



...y se puso a leer un periódico.

cuenta de ello y seguía escuchando la música, hasta que, al abrirse la puerta de su solitario retiro, vió a un desconocido.

Este era Alfredo Marcus, uno de los caballeros de la noche—caballeros del crimen, del misterio y del hampa—, que burlan a la Ley con la complicidad de las tinieblas.

Alfredo, cuya frente cruzaba una profunda cicatriz, obsequio antiguo de la policía,

que jamás podría borrar, como huella indeleble de su maldad, hundió una mano en uno de los bolsillos de su americana, en cuyo fondo, sin duda alguna, había un revólver.

Empuñó el arma para defenderse, caso de que Pedro le hiciera frente.

Pero el guarda del puente, ajeno a las maldades de sus semejantes, le recibió con cordialidad, diciéndole:

—Pase, amigo... pase y escuche la radio.

Pero el desconocido le miró con aire retador, sin dejar de empuñar el revólver.

Al ver su extraña actitud, Pedro se levantó y fué a su encuentro.

—No le conozco a usted, pero todo el que entra aquí es bien recibido.

Alfredo seguía mirándole con resquemor.

—Por lo que veo—siguió diciendo Pedro—, no tiene usted muchas ganas de hablar, ¿verdad?

Marcus se apoyó en un ángulo de la pared y exhaló un gemido, al tiempo que de su brazo izquierdo manaba sangre en abundancia, que se deslizaba por su mano al suelo.

Sorprendido, Pedro inquirió:

—Pero... ¿está usted herido?

Al fin, el malhechor abrió los labios y dijo:

—Sí... y bastante.

—No se mueva de aquí. Voy a llamar a un médico.

Hizo ademán de salir de la caseta, pero Marcus lo detuvo, agarrándole por el cuello de la americana, y le impidió que llevase a cabo su deseo.

—¡No llame a nadie! ¿No ve que?..

Pedro no le dejó terminar. Alma noble, comprendió y se apiadó del infeliz...

—No se moleste en explicarme nada... Eso no es asunto mío, y, por lo tanto, no me importa.

Marcus reconoció que nada tenía que temer de Pedro y se dejó curar solícitamente por éste, quien abrió el botiquín que tenía en la caseta con todo lo necesario para desinfectar y curar una herida.

Al quitarle la chaqueta a Marcus, Pedro recogió del suelo una cartulina que acababa de caerse de uno de los bolsillos de aquella prenda de vestir y, al ir a devolverla a su sitio, vió que era un retrato de mujer, de venerable anciana.

Contempló la fotografía unos instantes y, sonriendo, dijo a Marcus, que le observaba fijamente:

—¿Es su madre, verdad?

Marcus estuvo tentado, a pesar del dolor que le producía la herida en el brazo, de reírse; pero se contuvo, y, viendo la buena fe de Pedro, mintió, seguro de que su mentira acabaría de decidir al ingenuo mozo a sacarle del difícil trance en que se hallaba.

Y Pedro se tragó el anzuelo, sin que ad-

virtiera que detrás de la cartulina había estas indicaciones:

Combinación de la caja: Vuelta derecha, al 45. Vuelta izquierda, al 18. Vuelta derecha, al 120. Vuelta izquierda, al 32.—Abre. Vigilante sale a las 5 mañana.

Luego, Pedro encontró en otro bolsillo de la americana de Marcus un revólver, el arma que el peligroso sujeto empuñara al entrar en la caseta del guarda del puente, y comentó:

—Este juguete tiene malas bromas, amigo...

Y Marcus murmuró:

—El llevarlo me ha costado que me agujereasen la piel.

En aquellos momentos oyóse rumor de pisadas, y el círculo amarillo de una lámpara de bolsillo se paseó por las paredes de la caseta. Alguien se acercaba. El sargento Coulin, sin duda.

Apresuradamente, Pedro hizo meter en el lecho al herido y, cubriéndolo con su manta, fué a apagar la luz y ocultóse detrás de la puerta de entrada.

El sargento Coulin, que tal era, en efecto, quien llegaba, empujó la puerta de la caseta, extrañándole que la luz estuviera ya apagada, puesto que quedó convenido con Pedro que él volvería a visitarle aquella misma noche, y no hacía mucho que lo había hecho,

y dirigió el reflejo de su lámpara de bolsillo hacia el lecho del joven amigo.

Marcus fingía dormir, y como quiera que estaba cubierto con la manta hasta la cabeza, Coulin creyó que el que dormía era Pedro, y se retiró sin hacer el menor ruido.

Y fué de esta manera como Pedro salvó la vida a Marcus, sin sospechar, ni remotamente, que el hombre a quien había salvado, a cambio de su empleo y de su libertad, era un bandido de la peor especie.

* * *

Pasaron los días y el ladrón y el hombre honrado se hicieron los dos mejores amigos del mundo.

Un buen día, Marcus dijo a Pedro, no regateándole su gratitud:

—Ya empiezo a sentirme fuerte... Esta mejoría habrá que celebrarla, ¿no te parece?

Jaime asintió. Estaba satisfecho de haber sido útil a un semejante y respondióle:

—Has tenido una gran idea... Pero como no podemos dejar esto solo, tendremos que celebrarlo aquí.

Marcus no se había dejado ver de nadie durante su estancia en la caseta.

Pedro tuvo que esconderle cada vez que el sargento Coulin fué a visitarle, y pretextando no encontrarse muy bien, acertaba todo lo posible la visita del viejo amigo, quien no

podía sospechar el verdadero motivo que obligaba al muchacho a proceder de aquel modo.

Afortunadamente, los días que Marcus estuvo curándose en la caseta, Coulin sólo se presentó dos noches.

Pedro, para que nadie viese a su protegido, decidió ir él mismo a comprar lo necesario para celebrar el acontecimiento de la curación del herido y, al salir, dijo a éste:

—Vete preparando el gáznate y el estómago. Yo volveré en seguida con las alforjas bien repletas.

Se había puesto la americana y se hallaba ya junto a la puerta de la caseta, cuando, recordando que no llevaba dinero encima, retrocedió hasta la mesa de trabajo, que ocupaba uno de los lados de la vivienda; abrió un cajón y extrajo del mismo unas monedas.

A poco desapareció, y Marcus, paseándose por la estancia, meditaba...

Pedro no tardó en regresar. Volvía con un par de botellas y algún manjar. ¡Lo bien que iban a festejar el gran día!

Pero extrañóle no encontrar en la caseta a Marcus. ¡Qué raro!

Se asomó al exterior, escudriñando en todos los rincones, y no encontró ni rastro de él.

Volvió a entrar en la caseta y vió, adherido con un alfiler al dosel de una silla, este escrito:

Amigo: Me marchó con tu abrigo y 25 dólares del cajón.

Hasta nunca.

¡Ah, el muy traidor!

¡Después de haberle salvado la vida le robaba ignominiosamente, dejándole casi sin recursos!

Pedro no se arrepentía de haberse portado con el miserable como lo hiciera, pues no hizo más que escuchar la voz de su conciencia; pero sí le amargaba mucho la evidencia de que el ingrato se había burlado de él.

Encima de un mueble había el retrato de la anciana mujer que Pedro confundiera con la madre de Marcus y que éste dijo era, en verdad, su madre, para conmovér al ingenuo.

Pedro contempló el retrato, que no era más que una reproducción de un cuadro de Museo, y sin maliciar aún que aquella buena señora no era ni por asomo la madre de Marcus, no pudo menos de dirigirle estas palabras, aunque lamentándolo sobremediano:

—Usted será una buena persona, señora... ¡pero su hijo es un sinvergüenza!

Esto le desahogó un poco, y platicando con la efigie estaba cuando apareció en la caseta el sargento de policía.

—¡Hola, Pedro! ¿Con quién hablabas? ¿Con el retrato de tu novia?

—¡ Caramba, Coulin! ¡ Si no tengo novia! Si tuviera usted una hija pensaría que quería usted dármele por compañera.

—Con mucho gusto lo haría si la tuviese. Eres un buen chico...

—Pero de la bondad se ríe todo el mundo, Coulin...

—¡ No lo creas, muchacho! No hay nada en el mundo como la bondad.

—¡ Para lo que sirve!

—Oye: ¿ has leído algún libro malo?

—La vida misma enseña más que todos los libros.

—¡ Chico! ¿ Te has vuelto filósofo?

—¡ Qué sé yo! En fin, paciencia. ¿ No tiene usted un poco de tabaco?

—Esperaba la pregunta. Toma, grandísimo tuno; escoge los que quieras, pero deja en paz los habanos. Ya sabes que los guardo para cuando...

—¡ No se ría usted de mí, Coulin, que no estoy de humor!

—¡ Malo, malo! Cuéntame lo que te pasa. ¿ Somos o no somos amigos tú y yo?

—Mire usted...

—Te traigo una mala noticia, y al verte tan preocupado me da más pena comunicártela...

—¿ De qué se trata?

—Pues... figúrate que los cigarros que acabo de darte son los últimos que te doy.

—¿ Por qué? ¿ Le han rebajado a usted el sueldo... y quiere cobrárselos?

—¡ Te daba así, zoquete! ¿ Iba yo a cobrarle el tabaco que me regalan a un amigo como tú, grandísimo cabezota?

—Entonces...

—No te podré dar más cigarros porque... porque ahora me han trasladado a la parte baja de la ciudad.

—¡ Sí que lo siento!

—¿ Por los cigarros?

—¡ Se quiere usted callar, grandísimo bromista! Me aflije que no haya usted de volver por aquí... ¿ Y quiere que le diga una cosa que me está pidiendo a gritos que la libre de aquí dentro?

—Tú dirás, muchacho...

—Pues mire usted... estoy asqueado de vivir aquí siempre solo, como un ogro... ¡ Qué no daría yo por ser policía!

—Si no es más que eso...

—¿ Cree usted que es fácil la realización de mi anhelo?

—Puedes presentarte a los exámenes, si quieres. Precisamente hay que cubrir vacantes... y una vez aprobado, ya estás dentro del Cuerpo,

—Lo probaré... Estoy resuelto a salir de aquí...

* * *

Después de unas semanas de preparación, Pedro Smith fué una ruedecita más en el

complicado mecanismo de la policía neoyorquina.

Pedro se empeñó en salirse con la suya, y la voluntad había vencido.

Augusto Mather, el capitán de la sección de homicidios, mostraba a los nuevos policías, para que los retuvieran en su memoria, las fotografías de los delincuentes procesados anteriormente.

Los nuevos policías escuchaban atentamente las explicaciones del capitán a medida que éste les iba enseñando ficheros en que aparecían los homicidas en *pose* de perfil y en *pose* de frente.

De pronto, Pedro sorprendióse al ver aparecer la fotografía de Marcus, el hombre de la cicatriz, el miserable que se había burlado de él de un modo tan censurable.

El capitán Mather sorprendió a Pedro en sus insistentes miradas a la fotografía del ladrón y preguntóle resueltamente:

—¿Le conoce usted?

Pedro vaciló. No esperaba tal pregunta; pero, reaccionando, respondió:

—No, señor.

—¿No le conoce ni siquiera de vista?

—No... no, señor. ¿Quién es ese hombre?

—Voy a enseñarle ahora mismo quién es...

Se suspendieron las explicaciones por aquel día y el capitán se alejó con Pedro hacia su despacho, donde, desdoblado un

periódico, mostróle el siguiente anuncio inserto en el mismo:

HONEST GUS

Tienda de confecciones

Abrigos. — Trajes de caballero. — Vestidos de señora.

¡Todo baratísimo!

Tercera Avenida y calle Walker

Pedro no comprendió la relación que pudiera tener la casa de confecciones con Marcus, pero el capitán se la explicó:

—El dueño de esta tienda es Alfredo Marcus... y tengo razones para sospechar que la venta de trajes no es su principal negocio. No olvide usted esto.

—No lo olvidaré, señor...

Marcus era, en efecto, el dueño de la tienda en cuestión.

La policía había tenido tratos con él; pero, aunque sospechaba que sus negocios eran inconfesables, no lo podía detener por falta de pruebas...

Marcus despachaba en la tienda y tenía a sus órdenes una gentil empleada, Catalina Calver, huérfana, que le debía algunos favores, por lo que, a pesar de que le repugnaba el ambiente que la rodeaba, trabajaba con él.

Pedro Smith debutó, al fin, como policía. Con tal motivo, la gran colmena de Nueva York podía dormirse tranquila y confiada.

Durante los primeros días no le sucedió nada digno de mentarse, pero al terminar la primera semana de servicio, Pedro recibió en su casa la visita de Catalina Calver.

Marcus se había enterado de que Pedro se había convertido en policía, y como tenía contraída una deuda con él, decidió pagársela con creces, por lo que envió a Catalina a su domicilio, portadora de un valioso abrigo de paisano.

—¿Es usted Pedro Smith, el policía?— preguntóle Catalina.

Pedro, que acababa de vestirse de paisano para ir a dar un paseo, pues no estaba de servicio, contestó, ufano:

—Yo soy... y no acepto sustitutos.

—Tenga usted... Un joven que usted conoce le manda esto.

Y le entregó una caja conteniendo el abrigo.

Pedro abrió la caja y, al ver el gabán, quedó maravillado.

—Oiga... ¿pero quién me manda esta preciosidad? —inquirió, contemplando con agrado a la muchacha.

—Dice que usted ya sabe quién es. Un día creo que se llevó su abrigo... prestado, naturalmente.

—¡Ah! Bien... bien...

Pedro recordó a Marcus y aceptó el abrigo. Al fin y al cabo, no hacía más que cobrarse el importe del abrigo y la cantidad

hurtados por el sinvergüenza al abandonar sin despedirse la caseta del puente.

Catalina contempló a Pedro con el abrigo puesto, encontrándole muy agradable.

Sacó un cigarrillo de una linda pitillera y pidió lumbre a Pedro... sin duda para verle de más cerca al acercar sus labios, que apreciaban el cigarrillo, a la mano que el joven le tendió sosteniendo en ella un encendedor.

Después de esto, Catalina se marchó.

En la calle vió al capitán Mather, que iba vestido siempre de paisano.

Mather la había visto salir de la tienda de Marcus con la caja y la siguió hasta la casa de Pedro, esperándola en la calle.

Catalina alquiló un taxis, como lo hiciera al salir de la tienda, y regresó presto a ésta, sin que esta vez Mather la siguiera en otro taxis.

¿Quién vivía en aquella casa de donde había salido Catalina?

Preguntábase esto cuando vió salir de la misma a Pedro. Sorprendióse el capitán y, con su acostumbrada brusquedad, más efec-tista que despiadada, le llamó.

—¡Buen abrigo lleva usted, Smith!—le dijo, examinando el gabán que acababa de entregarle Catalina de parte de Marcus.

—Un amigo mío tiene un comercio de ropas...—dijo Pedro, procurando disimular.

—Le habrá costado caro, ¿eh? ¡No todos

los policías pueden comprarse abrigos como éste!

—Sí... claro... ¿Manda usted algo, capitán?

—No, gracias.



...pidió lumbre a Pedro...

Mather quedó pensativo. ¿Qué significaba aquello? ¡Vigilaría!

Catalina, al llegar a la tienda, dijo a Marcus, alarmada:

—¡Mather me ha visto!

—¿Y qué?...

—¿No habremos comprometido a ese joven policía?

Marcus iba a contestar, pero la inesperada llegada de Mather se lo impidió.

Este avanzó hacia Catalina, mirándola fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué no deja usted en paz a ese policía nuevo?

Con desparpajo, Catalina replicó al temible policía:

—¿Por qué no se ocupa usted de sus propios asuntos?

—Con sinceridad. ¿Le interesa a usted ese joven?

—Con sinceridad. Me parece muy simpático... para ser policía.

Marcus sonreía en un rincón. ¡Bien por Catalina! Había sabido contestar a Mather como merecía.

Pero el capitán no se daba por vencido... Vigilaría... ¡Ya lo creo que vigilaría!

El deseo de averiguar la verdad acerca de la honradez, de la buena fe de Pedro Smith, se convirtió en obsesión para Augusto Mather.

Cierto día llamó al nuevo policía a su despacho y le habló de esta suerte:

—¿Conoce usted mucho a la joven que le llevó el abrigo a su casa?

Pedro se atragantó.

—Yo... pues... ella y yo... quiere decir...

nosotros... es decir... Además... yo no conozco a fondo a ninguna mujer... y, además, no sé de qué joven me habla usted...

Mather le objetó con severidad:

—¿Es usted tan simple como parece... o



—*Me parece muy simpático... para ser policía.*

con esa comedia trata de ocultar que está a sueldo de la banda de Marcus?

Pedro se asustó.

—¿Le ha dicho a usted esa infamia el hombre de la cicatriz?

—¡Ah! ¿De modo que le conoce usted?

Pedro estaba cogido. Había querido evi-

tar que se supiera lo que le había ocurrido con Marcus y no lo logró; por lo que, para desvanecer posibles sospechas de su jefe, le reveló la verdad.

—¿Por qué no le detuvo usted?—reprochóle Mather.

—Comprenda usted, capitán... Yo no era policía entonces...

—A nadie convencerá usted de que lo es ahora.

—Yo...

—¿No se le ha ocurrido a usted nunca que la tienda de Marcus puede ser sólo una tapadera... la guarida de su banda?

—No... no sé...

—Eso es lo que precisa averiguar... para poder meter a todos esos hombres en la cárcel... y quizá también a la muchacha.

—¿Qué dice usted?

—Digo... que quizás habrá que meter también en la cárcel a la muchacha.

—Yo...

—Muchacho, yo no quiero desconfiar de usted... pero no vuelva a mentirme nunca más.

—No, jefe. Se lo prometo.

Algunos días después, Alfredo Marcus, como un general en jefe, preparaba uno de sus "golpes" más audaces.

Se trataba de asaltar el automóvil blindado de un importante Banco. Para ello, un automóvil ocupado por algunos miembros

de la banda interceptaría el paso a aquel coche blindado y un camión se echaría, inopinadamente, sobre dicho automóvil blindado, destrozándolo, para que el dinero se desparamara por el suelo y pudieran apoderarse del mismo, aprovechando la confusión y defendiendo el botín a tiros, los hombres que llenaran, con tal fin y convenientemente armados, el camión.

Uno de los bandidos suprimiría al guardia de servicio en la calle donde ocurriría el drama. Ese policía era, casualmente, Pedro.

Todo iba a pedir de boca. A las cuatro menos un minuto Pedro sería suprimido y a las cuatro en punto, al pasar el coche blindado del Banco, se daría el gran "golpe". El éxito era, al parecer, seguro.

El sargento Coulin, paseándose cerca del lugar donde estaba de servicio Pedro Smith, reconoció a dos bribones, uno de los cuales debía dar muerte a Pedro a la hora convenida, y, sospechando que se tramaba algo serio, pues era rarísimo encontrar juntos a aquellos dos hombres, fichados como peligrosos, mandó al joven policía a un bar para que pidiese inmediatamente ayuda al cuartel de policía.

Pedro, ingenuo siempre, esperó a que una señorita terminase de telefonar a su novio, y cuando hubo pedido la comunicación era demasiado tarde para que la ayuda llegase a tiempo de evitar lo que Marcus, que vigi-

laba desde la calle, oculto y bien armado, preparara con tanta habilidad.

El coche blindado del Banco fué destrozado por el pesado camión de los bandidos, y al ver la inconcebible hazaña, el sargento la emprendió a tiros con el que debía dar muerte a Pedro y, luego, hizo frente a la banda.

Pero Marcus, desde su escondite, le disparó un tiro, tumbándolo mal herido. Otros cómplices dispararon desde algunas casas inmediatas, con armas silenciosas, y el pobre sargento sólo pudo soplar levemente en su pito de alarma.

La ayuda llegaba en motocicletas y no tardaría en restablecer la calma en aquella calle, que se había vaciado instantáneamente de transeúntes.

Pedro, al salir del bar, vió lo que ocurría y, temerariamente, para vengar la muerte de Coulin, arriesgó su vida, disparando sin cesar su revólver.

Cayeron algunos bribones.

Marcus le vió, pero no pudo disparar, y cuando Pedro, que le había descubierto, trató de alcanzarle, el bandido evitó, noblemente, que un secuaz lo tumbase de un tiro, contentándose con que lo pusieran fuera de combate asestándole un terrible golpe en la cabeza y llevándose en automóvil, que emprendió rápida huida, logrando burlar a la policía.

El golpe había fallado gracias al heroísmo del Sargento Coulin y a la valentía, centuplicada por el deseo de vengar a su viejo amigo, de Pedro.

Mather frunció el ceño al enterarse de la desaparición de Pedro y de que éste era el



Cayeron algunos bribones.

policía que estaba de servicio en la calle del suceso.

¿Qué había hecho Pedro? ¿Era, acaso, un cómplice de la banda?

Pedro fué conducido a la guarida de uno de los miembros de la banda. Marcus estaba a su lado. Lo depositaron en un lecho, y

cuando se recobró de los trompazos recibidos, miró al bandido con odio.

Marcus le dijo:

—Oyeme bien, polizonte... Tú me salvaste la vida... yo te la he salvado a ti. ¡Estamos en paz!

Pero Pedro exclamó:

—¡No! ¡No estamos en paz! ¡Has matado a Coulin, y juro por Dios que eso me lo pagarás con la piel!

Marcus lo rechazó violentamente y, al salir, ordenó a uno de sus hombres:

—Dentro de una hora ponle en libertad. A esa hora él estaría oculto en buen sitio.

* * *

Pedro se entrevistó inmediatamente con Mather.

Este supo incitar el amor propio del joven policía de tal manera, que Pedro exclamó:

—¡Yo no sé lo que me duele! ¡Lo que sé es que ese canalla me las pagará... con uniforme o sin él! ¡Aquí está mi insignia! ¡Soy un mal policía!

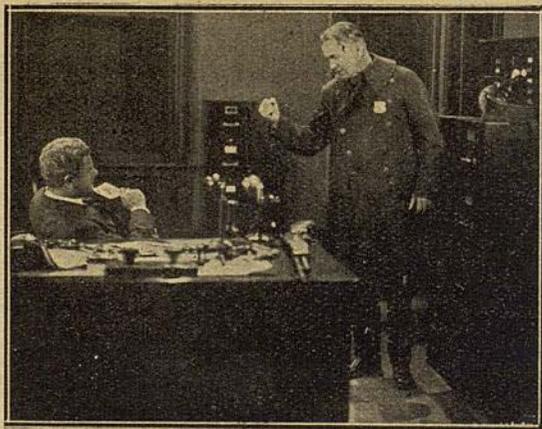
Mather le miró con admiración. ¡Así le quería! ¡Estaba seguro que sabría vengar a Coulin y vengarse a sí mismo!

Le devolvió la insignia y le dijo:

—Vuélvasela a poner, Smith... Es usted digno de llevarla. Pero va usted a dejar de

llevar el uniforme durante unos días. Para cazar a Marcus le conviene más vestir de paisano.

Concertaron de mutuo acuerdo un plan,



¡Lo que sé es que ese canalla me las pagará!

y Pedro, ayudado por la providencia, que en aquella ocasión se le presentó en la persona de Catalina, logró, siguiendo a ésta, saber el paradero de Marcus.

Pero el bandido huyó antes de que Pedro pudiese darle alcance en su provisional retiro, en el que sólo encontró el joven policía a Catalina.

—¡Hola, joven!—saludóle ella, fingiendo naturalidad—. ¿Anda usted buscando a alguien?

Pedro vió flotar en el aire las cortinas de una ventana y, comprendiendo que Marcus acababa de huir por allí, fué al teléfono y llamó al cuartel, diciendo:

—Cubran ustedes la orilla del río y díganle al capitán que me dejen el puente para mí.

Catalina intentó marcharse.

—¿Va usted a salir?—preguntóle Pedro.

—Le gustaría a usted saber adónde voy, ¿verdad? ¡Pero se va usted a llevar chasco!

—Yo, en el caso de usted, no saldría esta noche.

—¿Y por qué?

—Usted me parece una buena muchacha, Catalina... a pesar de sus desplantes. Yo no puedo creer que forme usted parte de la banda.

—La verdad es esta: Marcus se portó bien conmigo... le debo gratitud... pero no sé una palabra de sus negocios... y si usted proyecta algo contra él fallará el golpe.

—El golpe no fallará esta vez, muchacha. ¿Por qué no se aparta usted de esa gente, ahora que aun es tiempo?

—¿No le parece a usted mejor que cada uno haga lo que mejor le parezca?

—¡Está bien!

Y Pedro, dispuesto a dar con Marcus,

fuese como fuese, hizo ademán de alejarse de Catalina. Esta le detuvo y le dijo, suplicante, de un modo que desconcertó a Pedro:

—Sea usted prudente, ¡por Dios!... Ese hombre está acorralado y un lobo acorralado es peligroso.

—Gracias... pero lo he arreglado todo tan bien, que ahora no se me escapará. Y usted recuerde esto: no se acerque al río esta noche.

Catalina oyó perfectamente esta recomendación, pero, un poco después, Pedro la encontraba en el río y le reprochó su desobediencia, que podía acarrearle un gran disgusto.

—Le he dicho que no se acercase al río esta noche. ¿No comprende usted que es por su bien?

Pero ella, angustiosamente, le dijo:

—He venido a informarle de que perderá usted el tiempo si piensa herir a Marcus... Lleva su cota de malla, contra la que rebotan las balas.

¿Qué significaba aquel aviso de Catalina?

Pedro alejóse de ella, en dirección a la caseta del nuevo guarda del puente, y al entrar vió a éste asesinado. ¡Obra de Marcus, sin duda!

Siguió buscando y, al fin, descubrió al bandido. Se cruzaron varios disparos en la sombra, de los que ambos pudieron salir ile-

sos; pero cuando Pedro vió claramente al miserable, recordó la indicación de Catalina. Le apuntó al rostro y, alcanzándole entre los ojos, lo tumbó instantáneamente, cayendo Marcus al agua, de la que ya no saldría con vida.

Catalina había visto caer a Marcus y se cubrió, horrorizada, el rostro. Pedro le dijo:

—¿Por qué no le avisó usted a tiempo, si tanto se interesaba por él? , ,

—Mi deber era ese... y eso quise hacer... pero no pude...—rumoreó ella, con lágrimas en los ojos...

Y Pedro, comprendiendo, pues cada día era menos incauto, la consoló:

—Usted ha sufrido una pesadilla, Catalina... Figúrese eso... Ahora ha despertado y al lado mío va a emprender una nueva vida... Pero es mejor que se vaya usted ahora. Podrían verla aquí y sospechar... La espero en mi casa... cuando quiera.

Y Catalina, alejándose, prometió, con la mirada, acudir...

Mather y varios policías reuniéronse con Pedro. Mather encontró en el suelo un estuche de Catalina y preguntó a Pedro, después de felicitarle por haber dado buena cuenta de Marcus:

—¿Quién estaba con Marcus?

—Estaba solo.

—Le he preguntado a usted que quién estaba con Marcus...

¡Pobre Catalina, si se sospechara de ella!
—¡Y yo he contestado a usted que ESTABA SOLO!—afirmó rotundamente.

Mather sonrió para sus adentros. Le gustaba el comportamiento de su subordinado, que tantos méritos había hecho ya apenas empezada su carrera.

—Smith—le dijo—, si un policía como usted dice que estaba solo... no hay más que hablar: estaba solo.

Y tiró al río el objeto que pertenecía y podía delatar a Catalina, haciéndola aparecer como complicada en los asuntos de Marcus.

Y los dos hombres se estrecharon las manos.

Gracias a su nobleza, Catalina sería feliz, casándose con Pedro.

F I N

Gran éxito en las selectas
Ediciones Especiales de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA,
de la cautivante novela

¡Ríe, payaso, ríe!...

por **Lon Chaney**